

HOMILÍA DE MI ENTIERRO

(Para que no se digan mentiras en mis exequias).

Daniel Restrepo González

Dios es el ser. Le agradezco al Señor del ser porque yo soy.

Dios es vida. Le agradezco al Señor de la vida que me sumergió en la vida.

Dios es luz. Le agradezco al Señor de la luz que me imbuyó en la luz.

Dios es verdad. Le agradezco al Señor de la verdad porque me condujo a la verdad.

Dios es bondad. Le agradezco al Señor de la bondad porque me arropó con la bondad.

Dios es belleza. Le agradezco al Señor de la belleza porque me fascinó en el mundo estético.

Dios es paz, descanso, reposo, sosiego, mansedumbre, misericordia, amor, quies, y yo le agradezco porque hoy me lleva al Silencio.

Dios lo es todo, yo soy en Él. Hoy es el día de mi muerte, o sea de mi vida. *La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo,* dice el primer prefacio de difuntos. ¿Y cómo es esto? Yo no lo sé, lo sabes tú, Señor y me basta. Esto es fe y esperanza.

Mi vida fue amor. Bendigamos al Señor. Me consagré al amor en servicio. Y a través del ministerio sacerdotal, ejercido primordialmente con los niños, los muchachos, los indios y los viejos, que fueron siempre mi

opción preferencial, amé a Dios, que es el prójimo *sacramento de Jesús*. ¿Él no afirmó acaso en su Evangelio que dirá a “los buenos”: *Vengan, benditos de mi Padre a poseer el Reino, porque tuve hambre y me dieron de comer...; y todo lo que hicieron por el hermano más pequeño por mí lo hicieron?* (Mt. 25, 31-46).

“Los buenos” son quienes se entregan al amor en servicio. Así lo practicó Cristo y así lo enseñó. *Y hay que andar como Él anduvo* (1Jn. 1, 6), *tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús* (Fil. 2, 5).

Por los muchachos, los indios y los viejos lo dejé todo, lo di todo, hasta morir deshabido, abandonado, eso sí, en las manos tiernas de la Divina Providencia, *como un niño en los brazos de su madre* (Sal. 131, 2).

A los muchachos los acompañé siempre con amor en su etapa evolutiva, en su transición de niños a varones, eclosión sexual cuasihecatómbica, torbellino de vórtice, en las buenas y en las malas, en sus momentos más difíciles, desgastándome por ellos hasta lo inverosímil o heroico, tratando de ser su pastor, su médico, su psicólogo, su pedagogo, su maestro, su mentor, su confidente más íntimo, su escucha, su compañero constante, su fuerza, su amigo y consejero. En todo esto procedí de acuerdo a los parámetros con que Dios me diseñó. Esto es hacer la voluntad del Padre y ser auténtico. ¿Qué más podría pedírseme? Dios me valga. *Cristo tomó a un niño, lo puso en medio, lo abrazó y dijo: “Quien acoge a un niño como éste, me acoge a mí; y quien me acoge a mí, acoge al Padre que me envió”*. (Mc. 9, 36-37).

A los indios del Amazonas les conseguí sus tierras (¡siete millones de hectáreas!) conquistadas en franca lid contra el gobierno central, “¡eran huérfanos de su madre tierra!”. El fundo, llamado *Predio Putumayo*, la nación lo poseía en cabeza del ente jurídico Caja Agraria por la escritura 2880 de mayo 9 de 1964 de la notaría quinta de Bogotá. Les implanté la etnoeducación cuando advertí que estaban siendo aculturados por el sistema de la escuela blanca que se movía con parámetros de Bogotá emanados del ministerio de educación correspondiente; reemplacé los maestros blancos, rolos, caldenses o paisas, sustituyéndolos por maestros indígenas que enseñaran con parámetros propios de acuerdo a sus culturas y en su lengua. Transformé el modo de evangelizar y misionar que traían desde hacía muchos años los misioneros capuchinos catalanes, quienes aunque celosos santos y abnegados, tarados por el afán aculturizador de los misioneros españoles antiguos para quienes evangelizar equivalía a arrasar la culturas autóctonas (etnocidio) de las minorías étnicas imponiendo aun con la violencia la cultura occidental. En sana lógica cristiana misionar no

es aculturar o deculturar a las minorías étnicas borrando su cultura e imponiéndoles la del pueblo evangelizador sino evangelizar las culturas “*e inculturar el evangelio*”. Llegaban con sus brutales proceder a hacerlos avergonzar de sus ancestros y sumiéndolos en la más abyecta humillación haciéndoles creer que eran animales, fieras, salvajes y bárbaros, menores de edad, incapaces y pobres de solemnidad. Practicaban desde su época aquello que criticó después Mark Twain cuando dijo: “el prurito del hombre blanco es creer que la cultura occidental es la única cultura”. Partían del concepto falso de que hay culturas superiores e inferiores, lo que no es así pues todas las culturas son iguales, aunque diferentes.

Rescaté en ellos el orgullo por su raza, su sangre, su lengua y su cultura; a la vez que arrebaté del olvido sus mitos y tradiciones, publicándoles el invaluable libro *Mitología Uitota*, escrito a mano por *Kuyoteka Jifikomui*, indio de *ároni*, “*gente de avispa*”, llamado familiarmente en su tribu “*Yairiyaroki*, que es “*Brujito con poderes*” o “*brujito poderoso*”. Este libro es único en su género, es parte integrante del patrimonio cultural universal. Podríamos añadir aquí el episodio del naufragio en el río, los cinco balazos ofrecidos generosamente por Eliseo Vergara y las escaramuzas del ejército nacional, todo ello a causa de mis proféticas denuncias por narcotráfico y corrupción, con motivo del asesinato y exequias del mestizo Alfonso Alvarado. Hoy padezco de un cáncer de piel, causado, según los médicos, por el sol resistero que soporté en el Amazonas, y de una leucemia, que es cáncer fatal de la sangre. Por los indios doy mi vida. Y ello me enorgullece. *Acuérdate, Señor, para mi bien, de todo lo que hice por estas gentes* (Nehemías 9, 25). *Ni un vaso de agua fresca que se alargue al más pequeño se quedará sin recompensa* (Mc. 9, 41).

Mi vida parroquial la compendio en *San Juan de Tasajera*, en *Fredonia*, en *Cisneros*, en *Leticia* y en *Chorrera*. Le agradezco de corazón a cuantos me ayudaron a levantar el templito de Tasajera: al arquitecto *Edgar Mejía Escobar*, que fue el autor del diseño; al ingeniero *León Restrepo Gallego*, quien realizó los cálculos de resistencia; al doctor *Pedro Germán Uribe*, constructor de los techos; al entonces diácono, hoy presbítero, *Francisco Eduardo Toro Betancur*, gran pintor y escultor, amigo noble y leal, quien nos pintó al óleo los cuadros de Nuestra Señora de Chiquinquirá, del obispo de Popayán Jacinto Contreras y Valverde, del Padre Facundo Martín de la Parra y del Maestro Tomás Francisco de Arnedo y Paladines de la Fuente; a *Pedro Antonio Díaz Carmona*, alma y nervio de la parroquia naciente; a sus hermanos *Francisco* y *José*, alarife el primero de la obra con *Germán Gómez Jiménez*; a *Adolfo Gómez Patiño*, el ministro de relaciones exteriores; a *Ramón Emilio Castaño Cadavid*, todo un señor; a *Fabio Gaviria*, caballero y noble; a las señoritas *Hernández*; a

las familias *Rodríguez, Marulanda y Montoya*; a los *Arango, Tobón, Echeverri, Cadavid, Correa y Castaño* de Quebrada Arriba y Sabaneta; a mis primeros acólitos, especialmente a “*Los Patos*”, a “*Carebola*” y a “*Manotas*”; y a mucha gente más. El ejercicio ministerial es la forma específica y práctica de santificarse el clero secular. Es ésa su escuela propia de espiritualidad: Servicio amoroso y asiduo al prójimo en eucaristía, en pregón de la palabra, en oración comunitaria y en administración sacramental, hecho todo ello en “*Caridad Pastoral*”.

A la Iglesia la quise en el alma y a ella me di por cincuenta y ocho años en el ejercicio del ministerio sacerdotal, en forma ininterrumpida, pese a la rudeza madrastril de algunos de sus pastores, medievales ellos quizás, oscurantistas, dualistas, inquisidores, condennantes y excluyentes. Llamo aquí “pastores” a los obispos y presbíteros. Así aclaro mi distancia.

Ojalá que la iglesia medieval y penumbrosa abra sus puertas y dilate su lenguaje y sus parámetros para que pueda ser necesitada, buscada, oída, entendida, aceptada y amada hoy por sus fieles. Bien me entienden los mártires del patíbulo, de los cuales me permito mencionar apenas a *Teilhard de Chardin*, a *Raymon Panikar*, a *Hans Küng*, a *Karl Rahner*, a *Eugen Drewerman*, a *Bernhard Häring* y a *Leonardo Boff*, profetas que aportan o aportaron luces, pistas y pautas para ponernos al día en busilis pastorales transmodernos, pero sufrieron anatemas y reveses...

A mi cristiana y queridísima familia, la bendigo y le agradezco su aporte. A mi papá, el doctor Francisco Restrepo Molina, médico eminente y filántropo; a mi mamá, la institutora Graciela González Ochoa; y a mis hermanos, especialmente a Beatriz, Dios se lo pague, y en cielo nos veremos.

Al *Refugio Bernarda Uribe de Restrepo*, mi último hogar, que me toleró tantos años con indulgencia benigna, mil gracias. Dios los premie. Son todos allí caritativos, altruistas, largos y magnánimos. Aquí transcurrió para mí un tiempo sabático riquísimo, que es gran bendición de Dios, donde pude organizar mis ideas, escribir varios libros, armar mi página electrónica (*webpadargo.com*) y dibujar mariposas virtuales con el mouse. Nunca había tenido tiempo de hacerlo por entregarme de lleno al ministerio. Durante los doce años que fui allí capellán, pude ejercitar mi *caridad pastoral*, como presbítero, en la celebración de 4.380 misas, que, sumadas a 300 exequiales, totalizan 4.680 eucaristías. Impartí 1.660 bendiciones solemnes con el Santísimo. Apliqué más de 1000 unciones de enfermos y repartí, en 4.380 solemnes *Corpus Christi* diarios, 13.151 comuniones de ancianos inválidos y enfermos.

A quienes me amaron, mil gracias. Los amo por siempre. A quienes me denostaron, les perdono, los amo y los bendigo. *Hay que amar al enemigo y orar por quienes nos persiguen y calumnian*, dijo Cristo (cf. Lc. 6, 27-28). A mis enemigos, si es que yo tengo enemigos, Dios los transforme en su amor y les regale su paz.

Dios, que es amor, misericordia y perdón, bondad, mansedumbre, paz, clemencia y compasión me perdone mis culpas, que son muchas y graves. Muchísimo delinquí. Delito es el hombre y miserias. Pero *el Padre no envió a su Hijo al mundo para condenar el mundo, sino para que el mundo se salve por Él* (Jn. 3, 17). *Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero* (1 Tim. 1, 15). *No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores*, dijo Él (Lc. 5, 22). *Cristo es propiciación por nuestros pecados* (1 Jn. 4, 10). *La sangre de Cristo nos purifica de todo pecado* (1Jn. 1, 7). *Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido redención y perdón de los pecados* (Ef. 1, 7). *Él nos ama y absolvió nuestros pecados con la virtud de su sangre* (Ap. 1, 5). Todo lo compendia Pablo en esta frase: *Me amó y se entregó por mí* (Gal. 2, 20). Por demás, *Dios sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que somos barro* (Sal. 103, 14). ¿Quién nos hizo, si no Él...? Dios no es fisgón ni vengativo ni persigue ni castiga ni condena. Ama, perdona y salva. *Si llevara cuenta de nuestros delitos, ¿quién podría resistir?* (Sal. 130, 3). Pero *Él no nos trata según nuestras culpas, ni nos paga según nuestros crímenes. Él perdona nuestros pecados, cura nuestras enfermedades y nos colma de gracia y de ternura. Él es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia, no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles* (Sal. 103, 8-13). *¡Señor, no me corrijas con ira, no me castigues con cólera!* (Sal. 6, 2).

Apelo al baño redentor de la sangre de Jesús, a sus llagas benditísimas, a su corona de espinas, a su dolor, a sus clavos y a su cruz, a su muerte y a su Pascua. Ellos me salvan. *Fuimos comprados a precio* (1 Cor. 6, 20). *Por gracia fuimos salvados* (Ef. 2, 5). *Dios es justo, clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en piedad y leal* (Sal. 86, 15). *De Él vienen la misericordia y la redención copiosa* (Sal. 130, 7).

Me arrojé en el abismo de Dios y me sumerjo en Él. En Él y con Él tendré el ser, tendré la vida, el amor, la luz, la verdad, la bondad y la belleza, y en Él obtendré la paz y la quietud para siempre. Es el Reino del Silencio. Todo esto en el Silencio. Que me acojan el Amor y el Silencio. El Amor, el Silencio y la Luz. *Para mí lo bueno es estar junto a Dios* (Sal. 72, 28).

Miradlo, y quedaréis radiantes (Sal. 33, 6). Al despertar, me saciaré de tu semblante (Sal. 16, 15), de gozo en tu presencia (Sal. 15, 11). Dichosos los que viven en tu casa (Sal. 84, 5). Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida (Sal. 114, 9).

María me reciba con su tierna sonrisa maternal, me tienda su mano bondadosa y me conduzca a su Hijo para que Él me lleve al Padre. *Nadie va al Padre sino por mí*, dijo Él (Jn. 14, 6). En el cielo seré arropado con el manto de Cristo tinto en sangre (Ap. 19:13).

Ego autem specto resurrectionem mortuorum et vitam venturi sæculi.



Daniel Restrepo González

Envigado, 2017

Año de mis 85 febreros